

ISABEL. ¡Sí que le quiero mucho!

DUQUESA. Entonces, ¿por qué quieres afligirlo?

ISABEL. Pues qué, hermana, ¿tú aborreces al general Bernal? No lo creo.

DUQUESA. ¿Y á ti quién te mete?..

ISABEL. ¡Toma! Yo hago mis observaciones. Cuando el general venía á verte tan ufano, tan contento, tú le ponías una cara..., le despreciabas, le reñías... Y cuando él se ponía de mal humor, al momento cambiabas, te mostrabas tan alegre, tan risueña..., y eso le desesperaba, y le hacía ponerse...

DUQUESA. (Sonriendo.) ¡Furioso!.., ¡pero qué furioso!..

ISABEL. Y más enamorado que nunca. Pues bien: yo voy á hacer esa prueba.

DUQUESA. ¿Qué estas diciendo, Isabel?

ISABEL. Sí, sí, quiero imitarte: quiero hacer con Luis lo que tú hacías con el general.

DUQUESA. ¿Y si Luis se va y no vuelve?

ISABEL. ¡Vaya! ¿Pues no volvía siempre el general?

DUQUESA. Isabel, te prohíbo pensar en semejantes locuras. Tu situación no es igual á la mía; y hay cosas que una niña no debe aprender, porque se expone á interpretaciones siniestras ó á riesgos fatales.

ISABEL. ¡Pero Clara, mis amores con Luis son tan sosos! ¡Tiene él una calma!.. Yo quisiera un poco de tempestad..., aunque no fuera más que por variar.

DUQUESA. ¡Vamos! No vuelvas á pensar en esas extravagancias, Isabel. Anda á vestirme, y déjate de jugar con fuego.

ISABEL. (Aparte, yéndose por la derecha.) Tú dirás lo que quieras, pero yo he de aventurar la prueba.

ESCENA VII

LA DUQUESA

Esta niña ha perdido el juicio. ¡Coqueterías á su edad!.. Yo estaré á la mira. — ¿Conque el general está de vuelta... y más enamorado que nunca?... No me coge de nuevas. ¡Y qué cartas me ha escrito!.., ¡qué cartas tan elocuentes, tan tiernas!.., ¡pero siempre tan exigentes!.. ¡Vamos, es preciso decidirme!.. ¡Es mucho mundo este! Porque una recibe con amabilidad á un hombre, porque hace justicia á las prendas eminentes que le adornan, ya es forzoso sacrificarle la libertad..., ya es de precisión que la duquesa del Puerto se convierta en la generala Bernal. ¡Estamos frescos! ¡Qué hombres estos! No puede una soltar una palabra sin que la tomen al pie de la letra. Verdad es que yo casi, casi le he dado derecho á esperar... Y si he de decir lo que siento, es el único hombre que no me parece del todo indigno de semejante sacrificio. — ¿Pero qué estoy diciendo?... ¡No hay uno, uno solo que lo merezca!.. Y las expresiones que he soltado no me comprometen á nada. Pues señor, preparémonos á sostener violentos ataques... Pero no hay miedo; me defenderé con valor.

UN LACAYO. El Sr. D. Valentín Rompelanzas.

DUQUESA. ¡D. Valentín!.. ¿Y qué me quiere?

LACAYO. Desea tener el honor de hablar á S. E. la señora duquesa.

DUQUESA. (Aparte.) ¡El íntimo amigo del general!.. ¿A qué vendrá? (Al lacayo.) Que entre. (Vase el lacayo.) ¡No sé qué me da el corazón!.. ¡Este D. Valentín, hombre tan raro!.., apenas le visto dos veces...

ESCENA VIII

D. VALENTÍN, LA DUQUESA

DUQUESA. Pase usted adelante, caballero.

VALENTÍN. Señora duquesa, usted me ha de perdonar que haya insistido en presentarme...

DUQUESA. El amigo del general Bernal puede estar seguro de que me dará mucho gusto siempre que venga á verme.

VALENTÍN. En calidad de tal me presentó aquí, señora, y de él es de quien vengo á hablarla á usted.

DUQUESA. ¡Cómo! ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

VALENTÍN. Todavía no; pero poco tardará en sucederle.

DUQUESA. ¿Qué quiere usted decir?

VALENTÍN. Que después de un mes de ausencia va á llegar...

DUQUESA. ¿Y qué?

VALENTÍN. Y la va á ver á usted.

DUQUESA. ¡Cómo! — ¿Sabe usted que ese chiste podría calificarse de insulto, caballero?

VALENTÍN. No es esa mi intención, duquesa.

DUQUESA. Vamos, sírvase usted explicarse.

VALENTÍN. Eso haré, ya que usted me lo permite. Pero ante todas cosas, ruego á usted que me disimule si acaso mi lenguaje no se ajusta estrictamente al que se usa por aquí en la alta sociedad: yo no la trato mucho.

DUQUESA. Ya lo voy notando.

VALENTÍN. Gracias, señora. — Empiezo, pues. — Hace quince años...

DUQUESA. Perdóneme usted.. Se me figura que lo toma usted de muy lejos...

VALENTÍN. Es verdad, señora; pero ya iré llegando. Para que usted entienda el paso que doy, es necesario que sepa el origen y la naturaleza de mis relaciones con el general Bernal. Hace quince años que salió él del colegio militar, y yo del de San Carlos: nos habíamos criado juntos, y juntos emprendimos la carrera; él entró de alférez de artillería, y yo de cirujano de ejército en el mismo cuerpo. Andando el tiempo, llegó él, á fuerza de cañonazos, á general; y yo, á fuerza de lancetazos, á cirujano mayor.

DUQUESA. Todo eso ya lo sé.

VALENTÍN. ¡Corriente! Pero lo que quizá no sabe usted es que nuestros caracteres son muy opuestos, y nuestra conducta mucho más. Bernal, hombre sencillo y cándido, como todos los que tienen un talento superior, no ha pensado en su vida en otra cosa que en la estrategia, en las batallas, en la gloria... Yo, los ratos desocupados los he empleado en otras aventuras no tan científicas; de suerte que ambos hemos llegado á esta época crítica de la vida, yo con un alma taimada y dura como un guardacantón, y él con un corazón inexperto y cándido.

DUQUESA. ¿Dónde va usted á parar?

VALENTÍN. A esto, señora. Fácil era prever que el día menos pensado pararía Bernal en enamorarse; y que este sentimiento, nuevo para él, ejercería grande influencia en la suerte de su vida. Todo dependía de la mujer que encendiese la primera llama en su corazón: ¡miedo me daba pensar en ello!., y así ha sido. Mi amigo la conoció á usted, y la desgracia que yo temía se verificó.

DUQUESA. ¿Desgracia?.. ¡Oiga usted!..

VALENTÍN. Señora, me ha ofrecido usted disimularme: ya le he dicho á usted que soy poco florido en mis discursos, ¡Pues sí, señora, desgracia! Yo he visto nacer esa pasión en mi amigo; pasión que usted formó empeño en atizar: él no la buscaba á usted: usted fué quien lo atrajo. Miraditas..., suspiritos..., indirectas dulces..., todo lo puso usted en juego, ¿y con qué fin? Con el de que viera el mundo de rodillas á las plantas de usted á un hombre tan superior á los demás. Durante un año he sido yo confidente de sus penas, testigo de ese tira y afloja de temores y esperanzas con que lo ha estado usted zarandeando á su gusto: su fama de usted había llegado á mis oídos, y la situación de mi infeliz amigo me afligía. Nada he perdonado para curarlo: empecé por decirle pestes de usted...

DUQUESA. ¡Hola!

VALENTÍN. ¡Sí, señora, pestes! Le probé que usted no llevaba más intención que la de atormentarlo, convertir en esclavo sumiso al hombre que excitaba la admiración general; y que cuando menos se lo esperase le plantaría usted bonitamente, después de haberse divertido con su amor y su desesperación.

DUQUESA. ¡Caballero!..

VALENTÍN. ¡Oh! Es que yo también sé lo que es la coquetería. En una ocasión tuvo la bondad cierta ninfa de ejercerla en mi persona...

DUQUESA. (Sentándose.) ¡Tuvo buen gusto!

VALENTÍN. Al principio de la campaña..., hace ya siete años, una hermosa navarra, tan hermosa como usted..., y como usted incapaz también del más mínimo sentimiento amoroso..., Saturnina se llamaba..., bonito nombre, ¿no es verdad?

DUQUESA. ¿Qué me importa á mí?

VALENTÍN. Me hizo cara..., me enredó en sus lazos como un pajarito..., ¡y ha de saber usted que se burló de mí!

DUQUESA. ¡Cosa particular!

VALENTÍN. ¡No por cierto! Una noche que estaba yo en su casa, oigo ruido..., ella me dice que era su padre... ó su tío..., ¡qué sé yo!.. Me obliga á escaparme por un balcón..., salto, y me rompo esta pierna... Y al día siguiente supe que no había tal padre, ni tal tío, sino otro amante que iba á pedir su vez.

DUQUESA. Vuelvo á decirle á usted que ese lenguaje...

VALENTÍN. Son pormenores, para probarle á usted que he aprendido la ciencia á expensas más. — Desde aquel punto he sido enemigo declarado de las coquetas, les he hecho una guerra sangrienta; y así no extrañará usted mis esfuerzos para librar á mi amigo de las redes en que usted lo ha atrapado. Desgraciadamente, por más que le he dicho, ha sido predicar en desierto.

DUQUESA. ¡Lástima de elocuencia!

VALENTÍN. Entonces me propuse tentar otro medio: apelé al sistema hemeopático, á ver si servía de algo. Le busqué una joven rica, millonaria...

DUQUESA. ¡Hola! Y él inmediatamente. .

VALENTÍN. Me echó á la calle.

DUQUESA. (Riendo.) ¡Ah, ah!.. ¡Pobre D. Valentín!

VALENTÍN. Parece que eso le gusta á usted, ¿eh? ¡Pues á mí maldito! Viendo que eso fallaba, hice que le diesen una comisión.

DUQUESA. ¡Ya! ¿Fué usted quien le obligó á marcharse?

VALENTÍN. Yo mismo; porque á cada instante estaba temiendo que le hiciese usted matarse.

DUQUESA. ¡Matarse! (Se levanta.)

VALENTÍN. ¡Sí, señora, matarse! Porque se le metió en la cabeza que era insultarla á usted decir que es coqueta, y desafiaba á todos los que lo decían: ¡ya ve usted si le lloverían lances!

DUQUESA. ¡Qué locura!

VALENTÍN. ¡Muy grande! Usted lo ha hechizado, señora..., y mejor fuera que le hubiese dado una pulmonía; porque eso... con unas cuantas docenas de sanguijuelas..., pero contra el amor no hay sanguijuelas que valgan.

DUQUESA. Me parece que no se quejará usted de la paciencia con que le estoy escuchando hace media hora; conque si usted se dignase concluir...

VALENTÍN. Voy allá, señora. El general Bernal está de vuelta en Madrid, y es claro que los tres volveremos de nuevo á la faena que tenemos hace un año: usted á burlarse de él; él á forcejear en su cadena, sin tener valor para romperla; y yo á verle padecer día por día, y á maldecir, y á enviarla á usted á...

DUQUESA. ¡Caballero!..

VALENTÍN. Ya que usted lo adivina, es inútil que acabe la frase. Ahora bien, señora, yo estoy resuelto á hacer que esto concluya, y con ese fin he venido á ver á usted.

DUQUESA. ¿De veras?

VALENTÍN. Conque, clarito; sí ó no, como Cristo nos enseña: duquesa, ¿quiere usted casarse con mi amigo?

DUQUESA. ¿No sospecha usted tener algo de loco, D. Valentín?

VALENTÍN. No, señora; ni pizca.

DUQUESA. Pues si no está usted loco, ¿con qué derecho me dirige usted semejante pregunta?

VALENTÍN. Con el derecho que tengo para no permitir que un hombre á quien quiero y por el cual daría mi sangre, sea juguete de sus zalamerías de usted, de sus antojos, de su vanidad, de sus caprichos... Con ese derecho.

DUQUESA. Si no fuera porque tengo ya noticias de lo extravagante que es usted, y porque al cabo me estoy divirtiendo en oír sus majaderías..., hubiera hecho ya con usted lo que me ha dicho que hizo su amigo.

VALENTÍN. ¡Echarme á la calle?

DUQUESA. Aquí no estamos en Navarra, y yo no le obligaré á usted á salir por el balcón: allí tiene usted la puerta.

VALENTÍN. Es verdad: por el balcón sería mucha obra.

DUQUESA. Creo que me habrá usted entendido.

VALENTÍN. No es difícil; pero ha de saber usted que yo no me voy así...

DUQUESA. ¿Cómo se entiende?..

VALENTÍN. ¡Usted no sabe quién es Valentín Rompelanzas, señora! ¡Lástima que no sea él quien se haya enamorado de usted!

DUQUESA. ¡Efectivamente, es lástima!

VALENTÍN. ¡Oh! Entonces la cosa andaría de otro modo. Pero, en fin, si no soy yo,

como si lo fuera; porque es otro yo, y haré por él lo que haría por mí. — Hablemos en plata, duquesita. ¿Qué es lo que le impide á usted casarse con el general? Si usted es rica, él es tan rico como usted: si usted es duquesa, él es teniente general: si su apellido de usted es noble, el suyo es glorioso Conque... vamos, ¡qué demonio!., un buen ánimo, y arremeta usted con él... sin ejemplar.

DUQUESA. Con usted no hay más que dos partidos: reirse ó enfadarse. — Prefiero reirme.

VALENTÍN. Corriente; pero reirse no es responder.

DUQUESA. ¿Conque por fuerza he de responder? ¿He de negociar un casamiento por embajador?

VALENTÍN. Justamente; pero yo no quiero respuestas diplomáticas. Escuche usted: Bernal viene tan enamorado como se fué, porque usted le ha escrito tales cartas, que él ha creído ver en ellas el logro de sus esperanzas.

DUQUESA. ¿Eso ha visto?

VALENTÍN. Los hombres de corazón noble son muy tontos, ¿no es verdad? Yo que tengo el mío con callo, he dicho al instante: ésta se ha cansado de tenerlo ausente, le falta un juguete con que divertirse, y él será muy necio si hace el menor caso de sus palabras. Así, sin que él lo sepa, he dado este paso con usted para ir de una vez al vado ó á la puente: es preciso que esto se acabe. Con que, vamos, señora, dígame usted de una vez si me engaño, ó si he adivinado el juego.

DUQUESA. Su penetración de usted es tal, Sr. D. Valentín, que sería una ofensa de mi parte negar lo que usted afirma.

VALENTÍN. ¡Enhorabuena! ¿Es decir, que he acertado? ¿Es decir, que no se casará usted con él, á pesar de tantas promesas, de tantas esperanzas? ¿Es decir, que su intención de usted es continuar atizando su amor, para seguir burlándose de él?

DUQUESA. Sea cual fuere el partido que adopte, es probable que no le tome á usted por confidente.

VALENTÍN. Bien. ¡Pues yo, señora, le declaro á usted una guerra implacable!

DUQUESA. (Riendo.) ¡Ah, ah..., qué miedo! ¡La guerra de D. Valentín!

VALENTÍN. Sí, ríase usted lo que quiera; pero la repito que estoy resuelto á ser el vengador de todos los que usted ha atormentado..., ¡y ya sabe usted que el número es grande! ¿Piensa usted que una mujer tiene el derecho para fingir lo que no siente?, ¿para dar esperanzas que no piensa realizar?, ¿para destrozar el corazón de un hombre tierno y confiado? ¡No, señora! Si esta es su táctica de usted, yo quiero ponerle un término.

DUQUESA. Me parece, Sr. D. Valentín, que la visita ha sido larga. Tengo que hacer: con permiso de usted...

VALENTÍN. Vaya usted con Dios, señora. (Sacando el reloj.) Sólo le advierto á usted que dentro de pocas horas tendré el gusto de volver á ver á usted.

DUQUESA. Espero que no será así.

VALENTÍN. ¡Oh, sí será! Y también creo hallarla á usted entonces más blanda que un guante.

DUQUESA. ¿Qué significan esas palabras?

VALENTÍN. Yo la he declarado á usted la guerra, pero no es cosa de ir á decir mi plan de campaña. Bástele á usted saber que curaré á mi amigo del amor que la tiene á usted. — Hasta la vista, señora.

DUQUESA. Usted podrá no ser hombre de mal fondo, ¿pero ridículo?.. ¡hasta no más! (Vase riendo por la izquierda.)

ESCENA IX

D. VALENTÍN

Conque soy ridículo, ¿eh? ¡Lo veremos, duquesita, lo veremos! ¡Ea! El combate ha empezado, y se batirá bien el cobre, ¡voto á sanes! ¡No faltaba más sino que yo dejase á mi amigo morirse de consunción, siendo la fábula y el ludibrio de estas señoronas empingorotadas! ¡Arre allá, coquetas!.. A divertirse con un mono y no con el más bizarro general del ejército español. ¡No saben ellas quién es Valentín Rompelanzas! Pues yo haré que lo sepan. En cuanto á la duquesita, mi plan está combinado, y verá la que yo le enredo y si es poco enemigo un cirujano mayor de ejército. Empiece el ataque. — ¡Señora duquesa, prepárese usted! — (Al irse por el foro, salen por la derecha doña Isabel y D. Luis, á los cuales saluda.)

ESCENA X

DOÑA ISABEL, D. LUIS

LUIS. ¿Quién es ese?

ISABEL. D. Valentín, un amigo del general Bernal: habrá venido á ver á mi hermana.

LUIS. Conque, Isabel, basta de caprichos: si te empeñas en que no he de acompañarte al baile, me voy, ¡y mira que no vuelvo más!

ISABEL. Ya volverías.

LUIS. ¿Que volvería? ¿Quieres hacer la prueba?

ISABEL. ¡Vamos, no te formalices! (Aparte.) Yo no sé hacer esto como mi hermana: así que me dice que no volverá, ¡ea! ya no sé de dónde estoy de pie.

LUIS. ¡No sé de dónde has sacado hoy este nuevo registro! ¡Ea! ¿Me voy?

ISABEL. ¡Capaz serías de hacerlo!

LUIS. Si tú lo deseas...

ISABEL. ¡Demasiado sabes que no!

LUIS. Pues entonces, ¿á qué viene atormentarme? No volverás á hacerlo, ¿es verdad, Isabel?

ISABEL. ¡No, que yo también padezco!

LUIS. ¡Isabel mía! — Dame tu mano. (Se la besa.)

ISABEL. (Aparte.) Vamos, no sirvo para esto.

UN LACAYO. El señor general Bernal.

ISABEL. ¡Ah!

ESCENA XI

D. LUIS, DOÑA ISABEL, EL GENERAL

GENERAL. ¡Oh, Isabelita, qué dichoso encuentro! Sr. D. Luis, á la orden de usted.

LUIS. ¡Mi general, muy bien venido!

ISABEL. No esperaba yo tener el gusto de ver á usted tan pronto, aunque ya me habían dicho que llegaba usted hoy.

GENERAL. Pocas horas hace que he llegado.

ISABEL. Voy á dar la noticia á mi hermana; porque supongo que á ella será la visita.

GENERAL. Si tiene la bondad de recibirme, será un placer para mí.

ISABEL. (Sonriendo.) ¡Sí, señor, sí: creo que tendrá esa bondad! – Hasta luego, Luis: vuelve pronto para ir al baile juntos.

LUIS. Seré puntual: adiós. – (Saluda al general y se va.) Mi general... (Isabel se va por la izquierda.)

ESCENA XII

EL GENERAL

¡Vuelvo á poner el pie en esta casa, donde tanto he padecido y donde siempre me dejo arrastrar á pesar mío! – En este mes de ausencia se me figura que no he existido. ¡Voy á verla!; pero no ya caprichosa y coqueta, como antes de mi partida: sus cartas me dicen que este viaje la ha entristecido... ¡Ah, qué preciosas cartas! ¡Ellas han decidido mi suerte! Y Valentín empeñado... ¡Es un visionario! ¡Cuántas tonterías me ha dicho en las pocas horas que hace que llegué! Él no la conoce. – ¡Qué dichoso voy á ser!.. ¡Ah, sí, suyo es mi corazón por toda la vida! – ¡Oigo pasos!.. ¡Ah! ¡Ella es!..

ESCENA XIII

LA DUQUESA, en traje de baile, EL GENERAL

DUQUESA. ¡Oh, general..., muy bien venido!

GENERAL. ¡Señora!..

DUQUESA. Excuso decir á usted cuánto me complace volverle á ver; y es un placer que ya esperaba, porque me habían anunciado su vuelta de usted. – Veo que no ha perdido usted la costumbre de venir diariamente á esta hora á visitarme, y agradezco mucho la memoria y la exactitud.

GENERAL. ¡Me parece que es harto natural!..

DUQUESA. La exactitud es ya una galantería. – Vamos, siéntese usted aquí, á mi lado, como antes de marcharse; y ante todas cosas, perdóneme usted.

GENERAL. (Sentándose.) ¿Perdonar á usted?.. ¿qué?

DUQUESA. Que le haya hecho esperar.

GENERAL. ¡Una eternidad esperaría yo con paciencia, si al fin había de ver la divinidad que veo!

DUQUESA. ¡Hola, cumplimientos!

GENERAL. ¿Pueden serlo el llamarla á usted divinidad? ¡Pero está usted tan acostumbrada á oirlo! ¿Y la divinidad no concederá á este ser que llega á sus plantas el favor de besarla respetuosamente la mano?

DUQUESA. (Dándole la mano.) Eso... ¿cómo puedo negarlo?

GENERAL. (Besándose.) ¡Ah, Clara! ¿Conque esta vez no me he engañado? Las cartas que he leído, y que me han hecho volar de nuevo á estos sitios, ¿expresan los sentimientos de ese corazón? ¿Por fin ha conocido usted que un año entero de tormentos, de incertidumbre y de amor, merecía alguna recompensa?

DUQUESA. ¡Ay, Dios mío! ¡Ya me asusta lo que dice usted que le he escrito!

GENERAL. ¿La asusta á usted?... ¿Y por qué? No, Clara: usted se ha convencido de que ya debía poner término á una prueba tan larga y tan cruel..., porque ya veo que era una prueba y nada más. Usted se ha hecho cargo de que un soldado, que sólo ha vivido en campaña, no podía saber esa estrategia de sociedad, y á treinta y dos años de edad la ofrecía á usted un corazón que no había experimentado otra conmoción que la de los combates: un corazón nuevo, que la amaba á usted con todo el entusiasmo del primer amor, con toda la candidez de un niño!

DUQUESA. ¡La canción de todos! Querer hacernos creer que es la primera pasión: eso no pasa de una galantería. Amigo mío, nosotras en ese punto sabemos á qué atenernos. Ustedes se empeñan en engañarnos; y nosotras, pobres, nos dejamos engañar, porque vemos en esa ficción un homenaje que se rinde á nuestra vanidad.

GENERAL. ¡Yo engañar!.. ¿Usted lo cree?.. ¡Oh, no es posible! ¡Harto tiempo me ha visto usted á sus pies, esforzándome por ablandar su corazón, implorando una dulce mirada, esperando la única palabra que puede hacerme feliz en la tierra!

DUQUESA. ¡Pues bien! Eso es querer: solicitar y esperar.

GENERAL. Pero es que el que solicita puede al cabo indignarse contra la insensibilidad del poderoso, puede cansarse de esperar inútilmente.

DUQUESA. La paciencia es la más útil de las virtudes.

GENERAL. Pero también la paciencia se acaba. Y le agradezco á usted mucho que no haya dilatado por más tiempo la prueba que estaba haciendo con la mía.

DUQUESA. (Sonriendo.) ¡Mucha prisa trae usted!

GENERAL. ¡No! Las cartas que he escrito á usted pintándola mi amor y mi desesperación han merecido por fin respuesta: usted me ha hecho una promesa, y la cumplirá. ¡Ah, no! Ya no puede usted negarme el premio de tanta constancia y tanta sumisión.

DUQUESA. ¡El premio..., el premio!.. ¡Seguramente viene usted con ideas singulares! ¿Qué ha hecho usted que merezca un premio? Tuvo usted á bien venir á visitarme diariamente, y yo le recibí con la franqueza y cariño de una buena amiga: ¿es este el gran mérito? – Mi conversación le pareció á usted sin duda agradable, y la prefirió usted á buscar distracciones en otro sitio: yo también, por mi parte, confieso que la de usted me agradaba. Pero en fin, estas son cosas recíprocas: estamos pagados: no nos debemos nada.

GENERAL. (Levantándose con ímpetu.) ¡Nada!

DUQUESA. (Retirando su silla.) ¡Ay, Dios! ¡No grite usted de ese modo! – ¡Jesús, qué mal tono! – ¡Me ha asustado usted!

GENERAL. Es que hay momentos, señora, en que uno no puede contenerse. Pido á usted perdón: la palabra que ha pronunciado usted..., ese *nada tan* cruel, ¿es para seguir probándome sin duda?.. Yo debí adivinarlo. Pero cuando estoy á su lado de usted un solo pensamiento me ocupa: la razón calla, cuando habla el corazón.

DUQUESA. (Sonriendo.) Procure usted que el suyo no hable tan alto.

GENERAL. (Sentándose.) ¡Sí; soy un loco! No debo mostrar desconfianza: la promesa que me ha hecho usted en su carta no se verá desmentida; no, ya no debe usted hacerlo, ni puede; y va usted á confirmar sobre mi corazón una esperanza... (Asiéndola las manos.)

DUQUESA. (Soltándose y levantándose.) ¡Cuidado, hombre!.. ¡Que me arruga usted todo el traje!

GENERAL. (Levantándose.) ¡Clara!

DUQUESA. ¡Qué maneras se adquieren por esas provincias!

GENERAL. Vamos, deje usted ese tono frío y burlón: ¡yo se lo suplico!

DUQUESA. ¡Silencio!.. Alguien viene.

UN LACAYO. (Trayendo un ramo.) Señora...

DUQUESA. ¿Qué hay? ¿Qué quieres?

LACAYO. Han traído este ramo para V. E.

DUQUESA. ¿De parte de quién?

LACAYO. Del Sr. D. Fernando de Lara.

GENERAL. (Aparte.) ¡Fernando de Lara!

DUQUESA. (Tomando el ramo.) Bien: vete. (Vase el lacayo.)

GENERAL. ¿Conque usted conoce a D. Fernando de Lara?

DUQUESA. Sí, señor; ¿y qué?

GENERAL. Que ese joven...

DUQUESA. Es más amable y más galante que usted. Él me envía un ramo, y usted por poco me hace tener que ponerme otro vestido.

GENERAL. Clara, cuando es un amante, un esposo, el que...

DUQUESA. ¡Oh, un esposo!

GENERAL. Clara, las promesas son sagradas: yo he recibido una de usted...

DUQUESA. ¿Está usted seguro de que yo le he prometido serlo suya?

GENERAL. ¿Cómo si estoy seguro? Aquí está la carta: sobre mi corazón... (Va á sacarla.)

DUQUESA. (Deteniéndole.) No, no: no hay necesidad: déjela usted ahí.

GENERAL. ¡Qué oigo!.. ¿Es esto creíble? ¿Pero usted no querrá burlarse de mí? ¿Usted no querrá quitarme esta esperanza, que es mi existencia? ¿Usted no querrá hacerme ver que es como tantas otras que fingen el amor? Y si es así, ¿por qué me ha pedido usted la vida? ¿Por qué la ha aceptado usted?

DUQUESA. ¡Yo no le he pedido á usted semejante cosa, amigo mío!

GENERAL. ¡Amigo! ¿Se atreve usted á darme ese nombre después de haberme engañado y atormentado hasta este punto? – ¡Cuidado, señora! Hay hombres que aguantan mucho tiempo, pero que no perdonan cuando llegan á conocer que se han estado burlando de ellos..., y uno de esos hombres soy yo.

DUQUESA. ¡Hola! ¿Amenazas? Sólo falta que me declare usted la guerra como don Valentín.

GENERAL. ¿Qué quiere usted decir?

DUQUESA. Que su amigo de usted es un pobre embajador, y no le aconsejo que siga la carrera diplomática.

GENERAL. Señora, yo no sé qué paso, quizá imprudente, le habrá hecho dar á Valentín. La amistad que me profesa... Lo que sé es que por última vez me presento á usted á pedirla que ponga término á mi largo padecer: lo que sé es que he recibido de usted una promesa, y que reclamo su cumplimiento.

DUQUESA. ¿Qué quiere usted que le diga, amigo mío? Si yo le he hecho á usted esa promesa... (cosa que no recuerdo) he hecho mal.

GENERAL. ¿Cómo?

DUQUESA. Yo le recibiré á usted en casa con mucho gusto; pero la verdad, no estoy decidida á volver á casarme, no le quiero á usted lo bastante para llegar tan allá. Más adelante... veremos.

GENERAL. ¡Oh, eso es una burla!

DUQUESA. (Yendo á mirarse al espejo.) No: lo digo con toda formalidad.

GENERAL. ¿Qué hace usted?

DUQUESA. Amigo mío, ya es la hora del baile. Usted ha corrido la posta, y debe estar cansado.

GENERAL. ¡Clara!

DUQUESA. (Tirando del cordón de la campanilla.) ¡Basta por Dios! Dejémoslo por hoy. (A una doncella que sale.) Mira este rizo que se ha descompuesto un poco. – Con permiso de usted, general. (La doncella le compone el tocado.) Bien está. Di que arriemen el coche. (Vase la doncella.) ¿Está usted enfadado?

GENERAL. ¿Yo? No, señora; todo lo contrario. Acaba usted de hacerme un señalado favor: algo tarde, es verdad; pero no importa: ¡le doy á usted muchas gracias!

DUQUESA. No creo que haya por qué.

GENERAL. Sí, señora: el tormento que yo sufría no puede matar, sino mientras está mezclado de esperanzas; pero en desapareciendo éstas, ya no hay peligro; se deja de padecer.

DUQUESA. ¡Calle usted!..

UN LACAYO. El coche de S. E. está á la puerta.

DUQUESA. Bien. Hasta la vista, general.

GENERAL. ¡Nunca más!

DUQUESA. (Aparte, yéndose.) Mañana vuelve.

ESCENA XV

EL GENERAL

¡Esto se acabó! ¡Tenía razón Valentín! ¡No hay más que vanidad en ese corazón seco y helado! ¡Ah! ¡Qué horrible modo de despertar! ¡Desde hoy no verá en mí sino los más fríos desdenes! ¡Y aun esa es poca venganza! ¡Yo quisiera hacerla entender, hacerla experimentar toda la amargura que tiene lo que me está haciendo padecer!.. ¡Ah! ¡Cuánto daría por verla una hora en mi poder para confundirla á humillaciones y desprecios!

ESCENA XVI

EL GENERAL, D. VALENTÍN

VALENTÍN. ¿Y qué ha habido?

GENERAL. ¡Ah! ¿Eres tú, Valentín? ¿Qué buscas aquí?

VALENTÍN. Vengo á felicitarte. ¿Tu adorada duquesa habrá colmado ya tus deseos? Eres el más feliz de los hombres, ¿eh?

GENERAL. ¡Tengo destrozado el corazón! Mis esperanzas, mis ilusiones..., todo ha desaparecido!

VALENTÍN. (Riendo.) ¡Calla!.. ¿Esas tenemos?.. ¿Y tú sigues adorándola?

GENERAL. ¡La aborrezco y la desprecio!

VALENTÍN. ¡Enhorabuena! – ¿Conque se ha burlado de ti?

GENERAL. Acaba de marcharse á un baile.

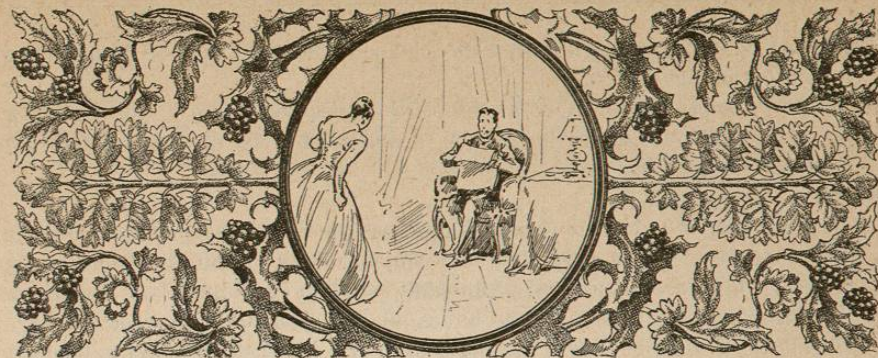
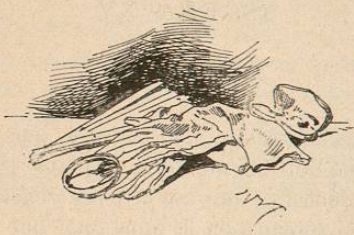
VALENTÍN. Sí; pero no sabe ella á qué baile la van á llevar. ¡He dispuesto mi plan, y verás cómo brinca!

GENERAL. ¿Qué estás diciendo?

VALENTÍN. Vente conmigo y lo sabrás.

GENERAL. ¡Explícate!

VALENTÍN. Aquí no: vamos á la calle. Si no te haces de miel, hoy quedas vengado.
(Se lo lleva.)



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala en casa del general Bernal: hay una puerta en el foro, y otra á la izquierda. Al mismo lado un sofá. A la derecha una mesa, y en ella un quinqué encendido. En el foro hacia la izquierda un atril, y sobre él una flauta y un cuaderno de música.

ESCENA PRIMERA

D. VALENTÍN, EL GENERAL

(Salen por el foro al levantarse el telón)

GENERAL. Pero, hombre, ¿estás en tu juicio? ¡Un rapto!

VALENTÍN. Sí, señor, un rapto, un rapto, en toda regla. He hecho emborrachar á cochero y lacayo: he puesto en su lugar dos hombres de mi confianza: la harán dar un rodeo por esas calles para que tengamos tiempo de llegar, y dentro de un instante la taimada duquesa se hallará en esta sala, prisionera de guerra del general Bernal y de su amigo Valentín.

GENERAL. Valentín, esa acción es infame, y yo no consiento en ser tu cómplice.

VALENTÍN. ¿Volvemos al tema? No me decías al salir: «la aborrezco y la desprecio: daría cuanto valgo por tenerla una hora en mi poder, para humillarla á desprecios?» Pues bien: yo voy á realizar lo que tanto deseabas; y cuando te lo ponga en la mano retrocedes? ¡Anda, anda á echarte otra vez á sus plantas, y á pedirle perdón por la burla que te ha hecho!

GENERAL. ¡Eso no! Yo quiero vengarme... ¡Sí, vengarme!.. Los tormentos que me ha hecho sufrir han sido demasiado crueles. ¿Pero qué amante, por indignado que esté, imagina semejante medio de vengarse?

VALENTÍN. ¿Y piensas tú que se debe hacer lo que haría cualquier amante, tratándose de una mujer que no se parece á las demás mujeres? ¿De una mujer que es excepción en su especie? Ella se ha divertido en atormentarte: diviértete ahora tú en atormentarla: ella se ha mofado de ti un año: mófate de ella una hora. Aún no quedáis pagados.